

“CÓMO SE EXPLICABA LA NIÑA”: LAS SALIDAS QUIJOTESCAS Y EL DESTINO SANCHOPANCESCO DE UNA INGENIOSA JOVEN EN *GLORIA*

Richard Hartman

Al principio de *Gloria*, cuando la protagonista epónima todavía está esperando con inquietud la llegada del “otro”, le revela a su padre, don Juan de Lantigua, que en el *Quijote* se encuentra la explicación de la inestabilidad permanente de España: “Basta leer este libro para comprender que la sociedad que lo inspiró no podría llegar nunca a encontrar una base firme en que asentar su edificio moral y político. ¿Por qué? Porque don Quijote y Sancho Panza no llegaron a reconciliarse nunca”.¹(p. 33)

Queda claro que la estructura de *Gloria* está influida por la filosofía hegeliana, y también que las ideas de la joven en este momento de la narrativa delatan los conceptos del filósofo alemán que a mediados de esa centuria dominaban el pensamiento de muchos en España como en toda Europa. Durante el discurso que ocasiona la mención del *Quijote*, Gloria revela una manera de pensar marcada profundamente por la tríada dialéctica. Por todas partes la protagonista distingue dos opuestos que luchan entre sí. Hablando de la historia de España y del arte, a don Juan le declara que: “Por un lado se me presenta una realidad baja y común compuesta de endémica miseria... Por otro no veo más que hombres bien alimentados... En el Arte veo también dos términos: los poetas que cantan el amor y el honor, y los místicos y poetas de claustro... Luchan unos contra otros”.(p. 32)

La joven sigue resaltando la confrontación de las dos fuerzas y el papel que juega la noción de la oposición dialéctica en el primer estímulo del *Quijote*: “De estas dos voluntades que aparecen una frente a otra en aquella sociedad calenturienta, se apodera Cervantes y escribe el libro más admirable que ha producido España y los siglos todos”.(p. 33) Su discurso reproduce fielmente el esquema hegeliano de una *tesis* que se opone a una *antítesis*. Sin embargo, para Gloria, en la obra de Cervantes falta un elemento clave de la tríada: el fenómeno que se llama la *interpenetración* o la *reconciliación* (Gloria se sirve de la segunda palabra) de los dos opuestos que en la obra cervantina representan don Quijote y Sancho. Según Gloria, en la obra maestra de la literatura española, nunca desaparece totalmente esta oposición. En su opinión, jamás don Quijote aprende: “con Sancho a ver las cosas con su verdadera figura y color natural” y por eso nunca pudo “realizar parte de los pensamientos sublimes que llenaban su grande espíritu...”(p. 33) El lector siente el disgusto que experimenta una filohegeliana como Gloria ante lo que debe parecer una infracción inexplicable de la ley universal del Devenir histórico. Por eso nunca tendrá lugar la *superación* (*die Aufhebung*) y jamás habrá en España una situación superior.

La declaración de Gloria que evoca la novela de Cervantes nos ofrece una clave para analizar su propia situación sobre todo con respecto a su padre. Demostrando el mismo “ánimo valeroso” que el Caballero de la Triste Figura, ella también penetra: “con ánimo valeroso en el laberinto de desvergüenzas, engaños, groserías y envilecimiento...”(p. 29) Sus aventuras literarias la ponen en contacto especialmente con la literatura del siglo de oro y los otros textos

que la muchacha le lee a su padre, quien está perdiendo la vista. En la novela galdosiana, se presenta de una manera muy cervantina una larga lista de obras que ocupan este mundo literario. Esta compilación extensa de títulos podría parecer bastante pesada, pero imita el texto del *Quijote* donde se hallan sin cesar alusiones a una multitud de obras: “Gloria leyó en voz alta la *Vida de San Pablo Apóstol, La cuna y la sepultura y Las cuatro pestes del mundo*. Después se engolfó en la *Política de Dios y Gobierno de Cristo...* la incomparable historia del *Buscón...* y leyó la *Virtud al uso y mística a la moda...* Casi, casi estuvo a punto de engolfarse en la *Pícara Justina*; pero Lantigua, al fin, puso mano en ello, permitiéndole sólo *Guzmán de Alfarache*. Desgraciadamente, en el mismo tomo estaba *La Celestina*”.(p. 28)

Recordemos que ya en el capítulo VI del *Quijote*, donde se habla *Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo*, se mencionan no menos de 29 títulos de libros de caballería.² Para don Juan, al engolfarse en este universo libresco, su hija ha perdido el juicio porque, al igual que don Quijote, Gloria se imagina que ha descubierto una multitud de entuertos que debe enderezar. La joven le anuncia al padre que: “...héroes de tales novelas, si al principio le causaron agrado, bien pronto le dieron repugnancia y tedio... dijo también que al penetrar con ánimo valeroso en el laberinto de desvergüenzas, engaños, groserías y envilecimiento... no podía menos de considerar a la sociedad del siglo XVII como... caduca en la conciencia y que comprendía el decaimiento de la raza española...que... no conservaba más que virtud que un heroísmo ciego...”(pp. 29-30)

A fin de intentar una curación de la locura quijotesca de su hija, el padre de Gloria ordena que ella se dé “una buena hartada” de la literatura del siglo de oro: comedias de Calderón y obras de los místicos, los poetas y los prosadores religiosos de la misma época. Pero al regresar de su segunda salida por las llanuras literarias, la joven no deja de hablar de agravios. Y una vez más, imitando el estilo del *Quijote*, el texto de *Gloria* ofrece una lista extensa de los personajes de las novelas picarescas que a la joven no le gustan: “Le repugnan los perdidos, los rufianes, las busconas, los estudiantes, los militares, los escribanos, los oidores, los médicos, las terceras, los maridos zanguangos y las mujeres livianas... “(p. 30) Hasta le caen mal los personajes con ideas nobles: “los galanes y damas, los caballerosos padres y los hidalgos campesinos de los dramas...a juicio de Gloria había en el hermosísimo semblante de aquellas figuras sin par la expresión melancólica de quien ha estado durante cien años empeñado en un objeto sin conseguirlo”.(pp. 30-31)

Cuando la protagonista le describe a su padre estas lecturas de los libros de caballería, otra vez se oye la voz del narrador cervantino cuando éste describe las lecturas de don Quijote: “... de todo aquello que leía en los libros, de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas requiebros, amores tormentas y disparates imposibles”.(pp. 40-41) Leyendo la enumeración de la joven, tenemos la impresión de que estamos recorriendo las llanuras de La Mancha (esta vez acompañando a una valiente mujer) conociendo a un mundo de personajes. Pero al igual que el barbero o el cura, el padre de Gloria concluye que su hija está ensartando “absurdas opiniones”, “disparates” y “abominaciones” y que las declaraciones de Gloria: “la conducirían, no poniendo freno en ello, al extravío de la razón, a la herejía y tal vez al pecado”.(p. 34) Por supuesto, el uso por Cervantes de la palabra “disparates” para describir las ideas de don Quijote es muy frecuente, y se encuentra tres veces en el capítulo V de la obra cervantina.(pp. 74-75)

Inspirado por su concepción de la existencia de un dimorfismo sexual radical, don Juan de Lantigua le explica a su hija que, en el fondo, toda su empresa literaria resulta ilegítima porque

es mujer. Añade que cualquiera que sea la calidad del texto que ella pueda leer, su mente femenina nunca será capaz de comprenderlo: “Afirmó que el entendimiento de una mujer era incapaz de apreciar asunto tan grande, para cuyo conocimiento no bastaban laboriosas lecturas, ni aun en hombres juiciosos y amaestrados en la crítica”.(p. 34)

Por esta falta de legitimidad fundamental, el estado de Gloria se conforma también el de don Quijote. Martín de Riquer nos informa que nunca el protagonista cervantino fue un caballero legítimo, lo que afecta el sentido profundo de toda la obra: “La cabal comprensión de lo narrado en este capítulo es esencial para la ficción en que se basa toda novela. Don Quijote no fue jamás caballero por la sencilla razón de que todo cuanto acaba de acaecer es una farsa, y esto tiene un valor esencial y vigente a principios del siglo XVII... Adviértase, además, que la ley... de Alfonso el Sabio legislaba que ‘non debe ser cavallero el que una vegeda oviesse rescibido cavallería *por escarnio*...’ Prescribe, además, el Rey Sabio, que no debe ser cavallero ‘el que es loco’,...Este aspecto fundamental no debe olvidarse durante la lectura de la novela”.(p. 61)

Con respecto a Gloria, al observar las reacciones de su padre y sus amigos, queda claro que, para estos rancios españoles, el intento de la joven de leer y analizar textos serios constituye un proyecto descabellado que tiene un carácter escarnecedor. Como el código del Rey Sabio, cuando se trata de estudiar estos textos escritos “por varones insignes” también está vigente “un código respetable ante el cual es preciso bajar la cabeza”.(p. 34) Los amigos del padre y don Juan mismo se burlan de la crítica de la muchacha del código varonil que ella encuentra dentro de los libros. Para estos tradicionalistas, las observaciones quijotescas de la joven sólo constituyen el producto gracioso de un ser que, por su sexo, queda excluido totalmente de la posibilidad de ser “caballero” (en el caso de Gloria, estudiosa). “...Lantigua se riese de tan evidente despropósito...(p. 31) ...hizo, no sin burlarse de su hija, algunas observaciones...(p. 31) ...y concluyó con una repetición burlesca de los disparates y abominaciones que Gloria había dicho...”(p. 34) La reacción del padre recuerda la actitud burlona que adopta hasta un liberal como Clarín ante la convicción de doña Emilia Pardo Bazán que las mujeres deben acudir a las universidades españolas.

Del mismo modo, los hombres se mofan de Gloria porque la mujer ha recibido el título de estudiosa por escarnio (es decir sin ser hombre y sin tener una formación universitaria). Como don Quijote, Gloria se ha equipado de las armas mohosas de sus antepasados (los libros de la biblioteca de su padre); sin embargo, al igual que el hidalgo manchego, debido a su falta de legitimidad, para ellos la muchacha nunca puede encontrar aventuras (librescas) auténticas.

En el último capítulo (LXXIV) de la Segunda parte de *Don Quijote*, al regresar de su última salida el de la Triste Figura: “Rogó... que le dejasen solo, porque quería dormir un poco” (II, p. 1063), Gloria, al volver de su propia segunda salida y después de los reproches de su padre, también se retira a su cuarto: “Retiróse Gloria muy confusa a su alcoba, pues era hora de dormir”.(p. 34) En este momento, el hidalgo ingenioso de Cervantes le revela a su sobrina que reconoce la influencia nefasta de los libros: “Y tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecocos...”(II, p. 1063)

Gloria también declara su remordimiento por los disparates que ha expresado bajo la influencia de los textos: “...y a solas meditó largo rato, llegando por fin... a un convencimiento profundísimo de que había pensado mil tonterías y despropósitos abominables. Pero deseosa de

absolverse, echó toda la culpa a los libros, e hizo voto de no volver a leer cosa alguna escrita o impresa como no fuera el libro de misa, las cuentas de la casa y las cartas de sus tíos”.(p. 34) A partir de este momento de la narrativa, Gloria empieza su papel activo de absolutista empedernida sin demostrar por lo tanto la pasividad descrita por Catherine Jagoe.³ En vez de desaparecer gradualmente de la novela, acobardada, agobiada y ahogada por una sociedad tradicional, Gloria abandona sus ideas liberales y se transforma en integrista agresiva. No se observa ninguna pérdida de intensidad emocional cuando la joven imita al don Quijote que encontramos al final de la obra cervantina. Si es verdad que Gloria parece abandonar el uso de sus poderes críticos, en vez de confirmarse a la imagen suave y dulce establecida por la teoría del ángel del hogar, sigue manteniendo una actitud dinámica y varonil. Ahora deja de ser otro don Quijote, y se transforma en otro varón, Sancho Panza. Desde su nuevo punto de vista sanchopancesco, la condenación energética de los libros por la joven se conforma al lema: “¡Lejos de nosotros la funesta manía de pensar!” que adoptan los enemigos del liberalismo cuando impusieron una rígida censura y prohibieron la entrada en España de libros extranjeros. El exabrupto de don Juan: “¿y la irrupción de libros, y la transformación social, esas oleadas de soberbia... que nos vienen de fuera?” (p. 125) expresa el recelo, el miedo de los absolutistas ante la invasión de nuevas ideas del norte de Europa.

En un punto posterior de la narrativa, cuando la joven ya está enamorada de un extranjero que todos se figuran ser protestante, Gloria sigue condenando los libros con el mismo afán. Vuelve a maldecir la larga historia de “disputas”, “rencores”, “envidias” y “vanidades” que separan a los dos jóvenes y otra vez condena la lectura de los libros que denomina “libreros de caballerías”. Ahora según Gloria, estas obras sólo transmiten prejuicios: “No sé cómo hay alma honrada que lea un libro de Historia, laguna de pestilencias, llena de fango, sangre, lágrimas. Quisiera que todo se olvidase, que todos esos libros de caballerías fuesen arrojados al fuego, para que lo pasado no gobernara lo presente, y murieran para siempre diferencias de forma y de palabras”.(p. 145)

Al final de este arrebatado de cólera, la joven hegeliana no sólo identifica dos elementos claves de la filosofía de Hegel —la forma (la representación o *Vorstellung*) y las palabras (conceptos o *Begriff*)— sino que los organiza en un esquema de lucha entre dos opuestos. Entonces manifiesta otra vez su deseo de que se realice la tríada hegeliana, que se eleven (*aufheben*) y se subordinen las fuerzas hostiles de la historia religiosa dentro de una nueva totalidad mucho más abierta.

Como es natural, por un tiempo después de su decisión de renunciar a los “libros de caballería”, los vientos intelectuales no dejan de soplar sobre las llanuras de su mente y la locura libresca de Gloria continúa tentándola. No muere inmediatamente el “monstruo fecundo que lleva dentro de sí y que a todas horas estaba procreando ideas”.(p. 34) Por un tiempo la joven sigue oyendo “hondas voces dentro de sí, como si un demonio se metiese en su cerebro y gritase: ‘tu entendimiento es superior..., los ojos de tu alma abarcan todo. Ábrelos y mira..., levántate y piensa’”.(p. 35) Sin embargo, tarde o temprano el monstruo desaparece y las voces de su fuero interno se callan, porque el destino de Gloria no es quijotesco, sino sanchopancesco. Nació para desempeñar el papel de “la otra”, para constituir una de las fuerzas opuestas de la tríada hegeliana y después de abandonar los libros, toda su energía se concentra en su lucha contra el “otro”, el israelita Daniel Morton. El sefardí a su vez encarna un nuevo misticismo quijotesco, la invasión de otros textos subversivos (del extranjero esta vez), nuevos “libros de caballerías”.

Según Catherine Jagoe, en la Segunda parte de la novela, después de conocer a Daniel, Gloria llega a ser un *ángel del hogar*, conformándose a la imagen tradicionalista de la mujer ideal que se estableció en España cerca de 1850.⁴ Claro que en lo que se trata de su relación directa con su hijo, Gloria sí demuestra un amor maternal muy intenso. Cuando su tía insiste que la joven madre abandone al niño, la resistencia inquebrantable, la rebelión de ésta dan prueba que después de su aventura con Daniel, no ha perdido nada de su vitalidad. Sin embargo, la definición del ángel del hogar sobre todo se inspira del lugar donde debe permanecer la madre, el espacio del *hogar doméstico* que forma (como delata su etimología) el foco de la institución social que la esposa tiene que defender y promover. Gloria parece ignorar esta idea porque, después del nacimiento de su hijo, nunca toma en serio su papel de esposa y jamás se muestra dispuesta a transigir sobre sus principios absolutistas para “guardar el sagrado fuego del amor conyugal.” Rechaza rotundamente la idea de luchar a fin de crear al lado de Daniel un verdadero “santuario doméstico” dentro del cual los dos padres puedan educar al *Nazarenito*.

Es importante reconocer que, a mediados del siglo XIX, no sólo los neocatólicos abogan por el espacio social del hogar doméstico; para los partidarios del laicismo como los krausistas, la familia también constituye un componente esencial de la sociedad. En la segunda traducción por Sanz del Río de la obra fundamental de Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida*, se lee lo siguiente: “23. LA FAMILIA. La Familia se funda en la oposición de los sexos... Los amantes se buscan, porque en espíritu y cuerpo se necesitan uno a otro para formar un todo superior humano; por esto y para esto se unen con vínculo indisoluble (*Sie vereinigen sich innig und unzertrennlich*)”; y en su primera traducción se lee “ellos se juntan indisolublemente en toda su individualidad”.⁵

Por contraste, la protagonista no se conforma en absoluto a la imagen alicaída del ángel del hogar que debe sacrificarse a fin de mantener la unidad de su familia. Cuando se trata del padre de su hijo, Gloria se sirve de todas sus facultades intelectuales para imaginar sospechas absolutistas y emplea toda su energía para resistir el proyecto de Morton de hacerse cristiano a fin de poder casarse con ella. Ante el crucifijo de marfil de su cuarto, la joven voluntariosa y cautelosa que hace frente al varón que quiere fundar un hogar con ella —pero que ella sospecha de haber hecho una conversión fingida— se parece mucho más a un Torquemada que a un pájaro sumiso y obediente con las alas cortadas. Daniel mismo evoca esa manifestación de terquedad al final de la novela cuando, sentados junto a la cuna de su hijo, Gloria le declara: “—Ya no tengo voluntad—. La has tenido bien firme y enérgica —prosiguió Morton en tono de amarga queja— para rechazarme, para renunciar a ser mi esposa...”(p. 455) Al espejismo quijotesco del proyecto matrimonial del converso, Gloria opone un absolutismo sanchopancesco de cristiana vieja cuyo antisemitismo hace imposible todo compromiso idealista que hubiera preparado el terreno para una unión fuera de las más estrictas normas neocatólicas. Como Sancho Panza, que también está orgulloso de ser cristiano viejo, las creencias católicas de la joven están vinculadas a una hostilidad hacia los judíos. A su amo, Sancho mismo le había revelado los dos vertientes de su fe popular (*völkisch*): “...siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy de los judíos...” (p. 592)

La decisión de Gloria de renunciar a Daniel, declarando que: “Antes moriré que poner discordia entre una madre y un hijo...”(p. 460) sólo constituye otra traición del ideal krausista de la unión natural e indisoluble de dos amantes. Otro deseo de Gloria también representa un rechazo de la idea krausista de la familia como unidad: después de su muerte no quiere que el

hijo permanezca al lado de su padre. A fin de resistir el proyecto de Daniel de cuidar al hijo, la joven inventa argumentos poco católicos que huelen no a un cristianismo trascendental e idealista, sino a tradiciones religiosas subterráneas, materialistas y populares: el niño debe quedarse cerca de los restos mortales de su madre que yacerán sepultados debajo del suelo de Ficóbriga. Gloria se imagina en su sepultura, consciente de todo lo que pasa cerca de ella: “Yo no lo veré más [dijo Gloria] pero sabiendo que mi sepultura no está muy distante de la tierra donde él viva, me consolaré con la idea de sentir desde allá abajo sus primeros pasitos...” (p. 454) Con esta declaración, la joven resalta su afán de mantener el contacto con su hijo y la tierra de España, un empeño que evoca la vinculación de “sangre y suelo” (*Blut und Boden*) que caracterizaba el romanticismo de los albores del siglo decimonónico.⁶ Su padre hubiera llevado al niño muy lejos, a tierras extranjeras donde hubiera crecido rodeado por personas cuya sangre está manchada por la herejía.

Sin embargo, a pesar de la hostilidad de Gloria a la formación de un hogar, con la concepción de su hijo se ha realizado una unión hegeliana, la *coincidentia oppositorum*, una resolución que la joven no había encontrado en el *Quijote*. Al final de la novela el narrador le informa al *Nazarenito* que: “naciste del conflicto” y “en una sola persona llevas sangre de enemigas razas”. Pero el fruto de esta unión de “razas enemigas” no representará un ejemplo de miscegenación; al contrario, con la creación de un ser superior vencerá el idealismo hegeliano. Por eso el hijo será capaz de encontrar una base firme para España en la cual asentar su edificio moral y político. Al *Nazarenito* le asegura el narrador que: “Harás sin duda algo grande”.(p. 471)

NOTAS

- ¹ Pérez Galdós, Benito. *Gloria*. 1999, Madrid, Alianza Editorial, p. 33.
- ² Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Texto y notas de Martín de Riquer. 1958, Barcelona, Editorial Juventud.
- ³ “As the novel progresses, the ideal feminine role for which Gloria is being trained is increasingly associated with a negative state of constraint and mutilation...” Jagoe, Catherine A. *Ambiguous Angels; gender in the novels of Galdós*. 1994, Berkeley: U of California Press, p. 61.
- ⁴ Jagoe. “Gloria’s struggle to use her mental powers is abandoned once she loses her chastity to Daniel Morton... From this point on, her path is one of submission and obedience, not free flight. ...The latter half of the novel traces Gloria’s decline, during which she demonstrates two main characteristics of the Ángel figure: woman as redemptive sacrificial victim, and woman as mother. The Ángelic values of purity, piety, submissiveness, martyrdom, and motherhood displace the earlier transgressive, intellectual, rebellious stance of the heroine.” p. 68.
- ⁵ Krause, F.C.F. *Ideal de la Humidad para la vida*. Tr. J. Julián Sanz del Río. 1904, Madrid, Biblioteca económica filosofía, 2. vols. p. 37.
- ⁶ Everdell, William R. *The First Moderns. Profiles in the Origins of Twentieth-Century Thought*. 1997, Chicago, U of Chicago P, p. 24.